



Hotel Abismo

*Para volar de veras mejor sería no pensar**
(Notas sobre *Diseño del ala*, de Aurea María Sotomayor)

Noel Luna

Universidad de Puerto Rico

Vivir en la intimidad de un ser extraño, y no para aproximarlos, para hacerlo conocido, sino para mantenerlo extraño, lejano, es más: inaparente —tan inaparente que su nombre lo contenga todo. E, incluso en el sufrimiento, día tras día no ser más que el lugar siempre abierto, la luz constante en la que aquel uno, aquella cosa permanece siempre expuesta y amurallada.

—Giorgio Agamben, *Idea de la prosa*

1

Confesemos de entrada la ficción que nos reúne aquí, justo ahora: la de someter un poemario de la talla de *Diseño del ala* de Aurea María Sotomayor al acostumbrado protocolo del foro académico. Ficción no porque el libro no merezca un episodio de esta docta ceremonia a la que nos hemos habituado en la academia sino porque naturalizarla como evento idóneo para su recepción más verdadera comporta en gran medida desleerlo. Pensar que aquí ocurrirá algo

así como un esclarecimiento de las causas o del sentido que pueda tener un objeto tan arisco a la interpretación como el libro *Diseño del ala* equivale a suponer que podríamos amonedar el agua, el aire o el fuego. Al glosar un ensayo de Jacques Derrida, la propia Aurea María Sotomayor recordaba en una conferencia dictada en 1999 el parentesco de la forma en que la poesía se expone con la estrategia defensiva del erizo: “Todo desplegar es defensivo y el cuerpo

del erizo se tensa y se esclarece en el despliegue de sus púas.” (FF, 179) Con tono similar, uno de los poemas de *Diseño del ala* consigna que “[e]scribir es erizar las alas para volar, / el instinto de que algo acaece y se aproxima / y nos sorprende en medio de la paz.” (DA, 87) Conviene entonces poner las cartas sobre la mesa, recordar que la crítica es una forma moderna de la autobiografía, y confiar al menos en que podamos escapar siquiera por un rato del tedio administrado y del horrendo raciocinio instrumental que engulle vorazmente tantísimos renglones de la cultura contemporánea. Más que agarrar al toro por los cuernos, de lo que se tratará aquí es de ver cómo las púas de ese fabuloso erizo que es la poesía de Aurea María Sotomayor se nos clavan en la piel, cómo esas puyas se nos incrustan en la carne sin que logremos asimilarlas, cómo al invadir tajantemente nuestro sistema circulatorio confirman que la distancia más corta entre dos puntos es un largo rodeo y asestan secretamente al corazón.

Ahora bien, hay pocas cosas más valiosas en el mundo que la ficción, siempre y cuando reconozcamos sus límites, que son los nuestros. La ficción suele ser más real que aquello que pretendemos capturar con la palabra “realidad.” Más real que la realidad en bruto, es decir, más tangible, más determinada e inteligible. También, en el mejor de los casos, más elegante, menos dada a ocultar sus costuras, su ensambladura. Si hemos de creer, como acota el comienzo de este libro, que “[s]ustraerse de las cosas / o del territorio / es otra forma de

poseerlo, / si el esquema cumple con la ficción de inventarlo” (DA, 13), entonces habría que comenzar, por una parte, admitiendo esa sustracción voluntaria de *Diseño del ala* que comporta la ficción de que nos reunamos aquí para intentar dilucidarlo, justo ahora, y por otra parte, recordando que la escritura poética, al decir de Sotomayor, “va por el demás” (DA, 84). Ese “demás” es un resto inasimilable, como el grito de Antonin Artaud glosado por Sotomayor en otro de sus ensayos. En el glosario en movimiento de la poeta, ese demás alude al “silencio respecto a un futuro incierto que no sabe dónde repercutirá.” (FF, 240) El resto o lo demás, diría Paul Verlaine, es literatura.

Acaso haya que acercarse a *Diseño del ala* con la misma devoción incondicional que profesa una de sus voces por el *arte de la fuga* de Johan Sebastian Bach. “Cómo te amo, Bach— dice esa voz—. / Vuelves siempre, / disfrazado de espuma / revestido de fugas / te reconozco.” (DA, 63) Se profesa este amor ciego por obras excepcionales, aunque en el caso de la poesía tome un tiempo considerable confirmar en qué pueda consistir dicha excepcionalidad. Prueba de la calidad excepcional de un poema la aporta justamente su resistencia a la interpretación, su escurrirse celosamente de la claridad de los conceptos. “Lo poético, como el camaleón—dice Sotomayor en la conferencia de 1999—, es travesía por el mundo de toda posibilidad. Esa travesía es ininterrumpible; no es posible detenerla; tampoco es posible calcularla. Ocurre naturalmente, como un simple estímulo connotado en la temperatura corporal.” (FF, 180)

2

Desde el punto de vista de la historia literaria, *Diseño del ala* declara su parentesco desde el título mismo. Título híbrido, por cierto, ensamblaje que vincula dos órdenes de la experiencia poética que han solido verse como irreconciliables e incluso antagónicos. Orden y aventura confluyen en ese título. Por una parte, Sotomayor pertenece a esa larga tradición del artista como artífice, como cesudo inventor, como afable hacedor que calcula el más mínimo detalle del gesto literario. Su genealogía se remonta a la figura de Dédalo, prodigioso artesano e inventor ateniense en quien la antigüedad griega personificaba el desarrollo de la arquitectura por medio de artefactos mecánicos. Los diccionarios de mitología consignan que sus ingeniosos proyectos de realización imposible motivaron diversas historias sorprendentes. En la isla de Creta, Dédalo construyó un laberinto comisionado por el rey Minos. Una de las versiones del mito cuenta que, concluido el laberinto, Minos se negó a dejarlo marchar. Dédalo, entonces, construyó unas alas de cera y de plumas para él y para su hijo Ícaro y escaparon volando. Como se sabe, Ícaro no hizo caso de las advertencias e instrucciones de vuelo que le diera su padre y voló demasiado cerca del sol, por lo que la cera se derritió. Ícaro cayó al mar y pereció ahogado. Dédalo en cambio aterrizó en una isla ahora llamada Icaria, donde sepultó a su hijo.

Dédalo tuvo una notable descendencia en Occidente. En las páginas de *Diseño del ala*

revolotea incesantemente el gesto tutelar de Leonardo da Vinci, su mayor heredero, inventor entre tantas otras cosas de fabulosas máquinas voladoras. “Naturalista, necromántico, anatomista, / obstinado rigor, / oh mi Leonardo,” (DA, 92) dice la voz del poema “Autopsia” en la tercera y última sección del poemario de Sotomayor. En la historia de la poesía moderna, fue Paul Valéry quien con mayor empeño tematizó y tradujo en clave poética ese *obstinado rigor* que caracterizaba el quehacer de Leonardo. No es casual, entonces, que sea un epígrafe del célebre autor del *Cementerio marino* y de la *Introducción al método de Leonardo da Vinci* lo que figure en el umbral de *Diseño del ala* como su escudo de armas. Valéry afirmaba que fue Leonardo quien “fijó ante su mirada ese obstinado Rigor que se declara a sí mismo el más exigente de todos. [...] La operación completa del gran Vinci—aduce Valéry—se deduce únicamente de su gran objetivo; como si no tuviera nada que ver con una persona particular, su pensamiento parece más universal, minucioso, ordenado y aislado que el perteneciente a un pensamiento individual.” (ELV, 77) Más allá de que la visión de Valéry se corresponda o no con la metódica hechura de Leonardo, importa preguntarse qué hizo el poeta francés con esa forma de interpretar al célebre renacentista. Hizo muchísimo, sin duda; convirtió la inclinación por el método en Leonardo en poética, y sustanció dicha poética en el análisis de los procedimientos literarios de figuras como Edgar Allan Poe, autor de la *Filosofía de la composición*, Charles Baudelaire y Stéphane Mallarmé, entre otros. Se

trata de poetas intensamente analíticos, fascinados por las aventuras impersonales del pensamiento metódico. En su extensa obra ensayística, Valéry otorga coherencia retrospectiva a esa indudable tradición de disímiles, y posibilita su desarrollo ulterior en autores como Jorge Luis Borges. En el caso de las letras insulares, habría que recuperar siquiera parcialmente el nombre de Luis Palés Matos, adicto confeso a Poe y Baudelaire. En la escena contemporánea, la poesía de Áurea María Sotomayor consigna con gran fuerza la actualidad de la poética analítica de Valéry.

Pero ese *obstinado rigor* que resuena en la palabra *diseño* de título del poemario y que denota el ejercicio de un principio rector extremadamente centrado no explica cabalmente la poética de Sotomayor. No en vano aludía la poeta en uno de sus ensayos al “movimiento entre opuestos de [su] quehacer poético.” (FF, 184) La precisión que sugiere el cesudo *diseño* se eclipsa oportunamente en el prometido revoloteo *del ala*. El golpe de dados de Sotomayor no pretende del todo abolir el azar sobre la página vacía que el blancor defiende. En el fabuloso montaje que es el poema “El vuelo de los pájaros,” tan evocador del cuaderno de notas y bosquejos del artista, se habla de la necesidad de “procurar hacerle espacio al azar.” Y no podía ser de otra forma: en *Diseño del ala* el cálculo y la precisión no buscan fijar las coordenadas definitivas del sujeto—de su tiempo y espacio—sino más bien dinamizarlas, presentarlas como flujo que se resiste al acunamiento de un sentido unívoco. Si el diseño alude a la fuerza centrípeta

en el proceso creativo, el ala es centrífuga, impulso hacia un más allá indeterminado. El obstinado rigor, entonces, aparece como una apuesta, sin garantía. Una vez emprendido el vuelo, quedan atrás planes y bosquejos: “No se sabe qué hacer para caer con gracia.” (DA, 82) El cálculo se sustrae a la lógica de los fines, a la operacionalización instrumental del lenguaje. Como en el caso de Dédalo, se calcula y diseña para escapar. Como en el caso de Ícaro, no se sabe si esa fuga desembocará en la consecución de un fin preciso. Se lee en “El vuelo de los pájaros”: “Hallar el balance sería detenerse. / Se trataría de un umbral para reposar. / El ala, sin embargo, continúa / para apostar al equilibrio en movimiento.” (DA, 81) En *Diseño del ala*, confluyen el obstinado rigor con un “tanteo surreal” que nada tiene que ver con la escritura automática que preconizaban los surrealistas. Una larga cita que encomillara todo el libro bastaría para probarlo.

3

¿Será cierto, cuando hablamos de poesía, que vale más pájaro en mano que cien volando? Recordemos lo que decía al principio en cuanto a la afortunada ficción que nos reúne aquí, justo ahora. La ficción del foro académico como instancia idónea para la recepción más verdadera de este poemario. La mejor refutación de los supuestos de este ejercicio que estoy lejos de menospreciar es el libro mismo. Se avanza en la escritura interpretativa, se multiplican las rutas, se demarcan protocolos analíticos, y cada vez se siente más el alejamiento del libro, o esa

sustracción de las cosas que nos permite inventarlas. Todo acaba en historia de la literatura. Todo acaba sometiéndose a la lógica del sentido claro y distinto, aún cuando el sentido que se intenta explicitar apunta al carácter procesal, siempre incompleto, siempre provisorio, de la interpretación. Baste con decir que en materia poética, valen infinitamente más cien pájaros volando que el que la mano melancólica pueda aprisionar.

“Escribir debe ser—decía Paul Valéry—lo más sólida y exactamente que se pueda, construir esa máquina del lenguaje donde el espíritu excitado derrocha sus horas de descanso venciendo resistencias *reales*; escribir exige que el escritor se divida y se oponga a sí mismo. Única y estrictamente en ello el hombre es, por entero, *autor*. Todo el resto no es *él*, sino una parte de él que se le ha escapado. Entre la emoción y la intención inicial, y esos desenlaces que son el olvido, el desorden, la vaguedad—resultados fatales del pensamiento—, su tarea es introducir las contrariedades que ha creado para que, interpuestas, le disputen a la naturaleza puramente transitiva de los fenómenos interiores un poco de acción renovable y de existencia independiente.” (ELV, 73) Lo mismo cabría decir del acto de la lectura. Como todo libro excepcional, *Diseño del ala* prevé y refuta la posibilidad de su interpretación definitiva, de la dilucidación certera de su sentido oculto. El poema “Adagio” lo expone suficientemente: “Entre la descripción mecánica del vuelo / y el espacio retórico que me provoca retener el tiempo / planean las aves, aves de presa raudas /

con brío depredador. Silenciosas cual búhos / en torno de su presa, ágiles en la danza, / fuertes como la cola del águila cuando se posa sobre el suelo. / Sospecho de esas aves tremebundas, / sostenida por el arrojo de los cálculos. / Yo prefiero las mías, que dependen del ala / y vuelan sin propósito, / sólo para sentir el viento sobre el rostro / y la sal cuarteándome los labios.” (DA, 87) La pregunta que me hago como poeta, como lector hedónico y como crítico es: ¿cómo hacerle justicia a ese vuelo “sin propósito” que propone el poema? ¿No somos ahora mismo, en este foro académico, esas tremebundas aves depredadoras cerniéndose sobre la presa?

Para terminar, quisiera bosquejar unas cuantas rutas alternas. Alternas a cualquier idea del sentido unívoco. Alternas a la idea de que existe un sujeto y un objeto creativo e interpretativo claramente delimitados. Alternas a la encerrona que implica afirmar que *Diseño del ala* pretende decir esto, aquello o lo otro. Alternas, finalmente, a mi propia lectura. Para volver a la imagen del erizo que es la poesía, quiero ahora inventariar algunas de sus púas más agudas, siquiera como programa de una lectura futura.

a. El poema titulado “Salir del marco” presenta el acto de la lectura como uno indeterminado e indeterminable. “¿Qué encontrar más allá de unos párpados bajos?” (DA, 17) se pregunta esa voz. La lectura en este poema cobra la intensidad de una cita de amor, tal y como la definía Agamben

en el epígrafe que precede estas notas. Se trata de vivir en la intimidad de un ser extraño, no para aproximarlo, sino para sostenerse en la contemplación de su extrañeza. Por eso toda lectura es una apuesta sin garantías, como “el tímido deseo / de quien arroja monedas de espaldas y hacia atrás / en todas las aguas de las fuentes. / Más allá de ese gesto / en pos de los orígenes, / no hay nada que buscar / tras tus dos párpados que se inclinan.” (DA, 18)

b. Una sección del poema titulado “El vuelo de los pájaros” cerca la natura inacabada de toda escritura. “Para escribir, se piensa primero qué se quiere decir. / Pero, a veces, no se quiere. / Se aprende a saber qué decir buscando qué decir. / Luego las palabras acudirán con premura / o disimularán su ineptitud. / Se suprime mucho cuando se dice de más. / La escritura va por el demás. / Se necesita tiempo para hallar el exceso. / Queda lo imprescindible.” (DA, 84) Pocos poetas son capaces de sustraerse con tanta lucidez del proceso de la escritura para mejor inventarlo como lo hace Sotomayor.

c. *Diseño del ala* organiza gran parte de su propuesta poética mediante la colocación estratégica de los pronombres demostrativos que, como se sabe, designan coordenadas espaciales en el circuito de las personas que

hablan. La utilización constante del *ese* o *esa*, *este* o *esta*, *aquel* o *aquella* pone de manifiesto el carácter dialógico como horizonte o marco de la enunciación poética. A mi entender, se trata de una estrategia de evasión de enunciados con pretensiones universales. Acaso podría hablarse de un situacionismo como táctica enunciativa. Algo similar sucede con la forma en que se manejan los adverbios *allí* o *aquí*.

d. Finalmente, dejo sin comentar, por ahora, la parte del libro que prefiero: la serie de poemas que lleva por título “Los cuatro poderes de la naturaleza,” en la última sección del poemario. Sospecho que ahí se da uno de los momentos más densos filosóficamente hablando de este libro deslumbrante. Al igual que en el poema “Piel disuelta,” perteneciente a la primera parte, el *yo* aparece como flujo, como intensidad medidamente desatada. Todavía carezco del sistema de medidas que me permita evaluarlo.

* Ponencia presentada en el Foro en torno a *Diseño del ala*, de Aurea María Sotomayor, celebrado el 27 de abril del 2006 en la Sala Jorge Enjuto de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

Textos citados

[DA] Aurea María Sotomayor. *Diseño del ala*. San Juan: Ediciones Callejón, 2005.

[FF] Áurea María Sotomayor. *Femina faber*.

Letras, música, ley. San Juan: Ediciones
Callejón, 2004.

[ELV] Paul Valéry. *Escritos sobre Leonardo da
Vinci*. Madrid: Visor, 1996.